

IAPSS WORLD CONGRESS 2019

Madrid, 20-25 May, 2019

## Memoria y política: Un acercamiento desde Walter Benjamin

Daniel Martínez Lamas<sup>1</sup>

Universidad Complutense de Madrid  
danmar06@ucm.es

### Resumen

*El propósito de la presente ponencia consiste en elaborar un acercamiento de carácter teórico-reflexivo al fenómeno contemporáneo de la memoria, tratando de esbozar una respuesta aproximativa en relación con el vínculo conflictivo entre historia y política o, dicho de un modo distinto, en relación con el lugar que corresponde a la memoria en la mediación política entre pasado y presente. Así, nos proponemos rastrear algunas de las fuentes intelectuales de lo que, en los últimos decenios, se revela como una auténtica cultura de la memoria, presente en el espacio y el debate públicos de países, por lo general, atravesados por importantes experiencias traumáticas de violencia política. Para ello, esta comunicación toma como punto de partida las aportaciones de Walter Benjamin en torno al concepto de rememoración, que conforman el sustrato teórico para una lectura del fenómeno memorialista como una experiencia política central de nuestro tiempo.*

### Palabras clave

Memoria, política, rememoración, tiempo histórico, Walter Benjamin.

---

<sup>1</sup> Graduado en Historia y en Ciencias Políticas. Actualmente, es alumno del Máster en Teoría Política y Cultura Democrática y Becario de Colaboración (MEFP) en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración, en la Universidad Complutense de Madrid.

## Cuestiones introductorias

En la década de los noventa, Eric J. Hobsbawm reparaba en que “la destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea de los individuos con la de generaciones pretéritas, [era] uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX” (Hobsbawm, 1998 [1994]: 13). Para el historiador británico, las sociedades que transitaban hacia el nuevo milenio se desenvolvían en una suerte de presente permanente, por completo desvinculado del pasado más inmediato que lo había precedido, a través de una extraña destrucción que parecía haber borrado el rastro de toda experiencia colectiva enraizada en el tiempo, como si aquél hubiera quedado sepultado bajo los cascotes del Muro de Berlín.

Este extrañamiento de Hobsbawm, sin embargo, no resulta en cualquier caso único y singular, sino que responde a un análisis extendido entre las ciencias sociales desde la década de 1970, que han hecho un lugar común del diagnóstico de una experiencia posmoderna que privilegia la transitoriedad y fragmentación de la vida social sobre las certezas duraderas y las políticas unificadas (Harvey, 1998 [1990]: 360), condición histórica que se acompaña de una aceleración del tiempo y del desdibujamiento de los metarrelatos que habrían configurado el devenir sociohistórico moderno. En este contexto de desarraigo y extrañamiento en relación con la experiencia pretérita, por otro lado, tan propiamente característico de la modernidad, las sociedades contemporáneas parecen significar de un modo cualitativamente diferente su comprensión del tiempo, marcada por la erosión de la imaginación futurista que caracterizaba las utopías políticas del siglo XX y el afianzamiento de lo que Bauman (2007: 51) define como una “cultura ahorista”, determinada por la estrecha temporalidad, la inmediatez y aceleración de las relaciones sociales contemporáneas. A este respecto, Hartog (2007 [2003]) identifica la configuración de un nuevo régimen de historicidad presentista, una vez agotado el carácter movilizador del futuro como horizonte para la acción política, enfatizándose

“[...] la experiencia contemporánea de un presente perpetuo, huidizo, casi inmóvil, que intenta producir por sí mismo su propio tiempo histórico. Todo sucede como si ya no hubiera más que presente, una especie de vasta extensión de agua agitada por un incesante chapoteo. [...] Este momento y esta experiencia contemporánea del tiempo constituyen lo que yo designo con el nombre de presentismo” (Hartog, 2007 [2003]: 40).

No obstante, a pesar de este presentismo que domina las sociedades contemporáneas, el pasado regresa, paradójicamente, cuando más se rehuía de él. En un mundo dominado por el consumo y la obsolescencia —de bienes, información y, también, de relaciones humanas— y la experiencia presentista de un tiempo eternamente limitado, emerge con fuerza la reactiva

necesidad anclarnos en marcos de referencia temporales —también espaciales—, capaces de proporcionar seguridad y certidumbre cuando todo lo sólido parece haberse desvanecido en el aire.<sup>2</sup> Como señala Andreas Huyssen, a medida que el presente absorbe el tiempo pretérito y el porvenir en un espacio sincrónico en expansión, [...] tanto más frágil es la estabilidad e identidad que ofrece a los sujetos contemporáneos” (Huyssen, 2002: 32), desarraigados de un tiempo y un lugar que asegure un horizonte de expectativas. Así, la erosión de las grandes instituciones y narrativas cohesivas de la modernidad (el Estado-nación, la familia o la clase) ha sido replicada en los últimos tiempos mediante nuevas —¿viejas?— formas de vinculación grupal, que adoptan la máscara de fuertes repliegues identitarios sobre bases territoriales, étnico-religiosas o nacionales que, para asombro e incompreensión de muchos, retornan sobre un pasado que se creía superado y se resisten a transitar hacia un futuro *que ya está aquí*.

Frente al presentismo del capitalismo de consumo, el pasado regresa como respuesta a una creciente necesidad de arraigo y pertenencia, de (re)construir solidaridades grupales, de sentidos de permanencia, de tradiciones, en fin: de todo aquello que había sido eclipsado por el imaginario globalizante neoliberal. La memoria emerge, pues, como parte esencial de esta respuesta, como fenómeno paradójico que juega, cada vez más, un papel significativo en el marco de lo que Huyssen (2002: 19) define como una “cultura de la memoria”, que cuestiona el presentismo de un mundo que se pensaba poshistórico, posidentitario y pospolítico, y que ofrece nuevas claves para la activación de fórmulas de adhesión social.

En ese sentido, el propósito de esta comunicación es, en líneas generales, elaborar un acercamiento de carácter teórico-reflexivo al fenómeno contemporáneo de la memoria, con el fin de esbozar una respuesta (en todo caso, provisional y aproximativa) al interrogante en torno al vínculo conflictivo entre memoria y política o, dicho de otro modo, en torno al lugar que corresponde a la memoria en la mediación política entre pasado y presente. Para ello, se tratará de explorar la génesis de la memoria como categoría de análisis sociohistórico, a partir de un acercamiento al proceso de construcción de su autonomía conceptual, tomando como principal referencia la contribución intelectual de Walter Benjamin al desarrollo del concepto de rememoración, contenido principalmente en sus *Tesis sobre el concepto de historia*, última obra que el pensador alemán escribe poco antes de su muerte en 1940. Estas tesis, que constituyen

---

<sup>2</sup> En alusión aquí al famoso pasaje en el *Manifiesto Comunista*, recuperado por Marshall Berman y que titula su reconocida obra *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, donde aborda las paradojas de la modernidad capitalista: “Hay una forma de experiencia vital —la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida— que comparten los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy. [...] Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman, 2000 [1982]: 1).

el grueso de nuestro análisis, alumbra una serie de elementos clave para lograr una definición sustantiva de la memoria, ligada a la crisis del pensamiento historicista, hacia el que se orienta la crítica benjaminiana de las categorías históricas de la modernidad. Así, en último término, nuestro trabajo busca contribuir a una definición conceptual de la memoria, problematizando su vinculación con la historia y la política, poniendo en discusión la teoría de Walter Benjamin junto a otras aportaciones que han tratado discutir la memoria como una experiencia política de la temporalidad humana.

## La memoria como paradigma contemporáneo

Son numerosos los ejemplos que dan cuenta de la centralidad de la memoria como uno de los fenómenos sociales y políticos propios de nuestro tiempo, que ha irrumpido en el espacio y debate públicos de países, por lo general, atravesados por fuertes experiencias traumáticas de violencia política en el pasado siglo, tal como así se ha evidenciado en diferentes contextos nacionales en Europa y en América Latina.<sup>3</sup> El interés por el pasado, que se acrecienta cuanto mayor es el grado de incertidumbre acerca del devenir de nuestra existencia,<sup>4</sup> responde a una crisis de transmisión en el seno de las sociedades contemporáneas, provocada por el deterioro de lo que Walter Benjamin llama “experiencia transmitida” —intergeneracional y acumulada a lo largo de los años— y el predominio de la “experiencia vivida”, como marca distintiva de la aceleración e inmediatez del presente (Traverso, 2011 [2005]: 15). La memoria emerge, en este contexto, como un mecanismo de elevado contenido político, en la medida que irrumpe ante la desafección que despierta una lectura monótona del tiempo histórico y, por tanto, de los procesos de cambio y de producción de alternativas políticas. El pasado *pasado está*, y aun cuando los hechos pretéritos no pueden deshacerse, “el sentido de lo que pasó no está fijado de una vez por todas” (Ricoeur, 1999: 49).

---

<sup>3</sup> En países latinoamericanos como Argentina, Chile, Uruguay o Brasil son muchas las voces que se han alzado en las últimas décadas en torno a la triple demanda de “verdad, justicia y reparación”, en un esfuerzo por superar el limitado alcance en materia de reconocimiento público para con las víctimas de unos procesos de transición que, como en el caso español, no resultaron como consecuencia de la derrota política de la dictadura, o al menos no de forma directa. Así mismo, el interés público por el pasado cobra en los últimos tiempos un nuevo impulso en Europa, como consecuencia de una revisión de la memoria antifascista sobre la que habrían descansado las instituciones republicanas en Italia o en Francia desde el fin la Segunda Guerra Mundial, puesta en cuestión por una relectura de la historia nacional que “libera” la experiencia fascista —esto es, el consenso sobre el que había descansado el régimen mussoliniano o el de Vichy— del ocultamiento impuesto por la tradición antifascista. Así mismo, la activación de una memoria que reivindica el pasado socialista en países del espacio postsoviético —con fenómenos culturales como la *Ostalgie* o la *Yugonostalgia*— o, incluso, la revisión de la presencia de una memoria confederada en el espacio público de los Estados Unidos, son sólo algunos ejemplos que evidencian la emergencia de un reciente “giro memorialista” que atraviesa fronteras y contextos sociohistóricos.

<sup>4</sup> “Cuanto más rápido nos vemos empujados hacia un futuro que no nos inspira confianza, tanto más fuerte es el deseo de desacelerar y tanto más nos volvemos hacia la memoria en busca de consuelo [...] Desde la década de 1980, el foco parece haber pasado de los futuros presentes a los pretéritos presentes” (Huyssen, 2002: 35).

La memoria se presenta, de este modo, como una categoría llamada a ocupar un lugar central del pensamiento social contemporáneo, como un recurrido keyword epistemológico e ideológico de nuestro tiempo que, con sus límites y excesos, invita a pensar en la existencia de un paradigma de la memoria más o menos cohesionado (De Murcia, 2017: 430), ligado al agotamiento de las nociones mecanicistas propias de las filosofías especulativas de la historia. Estimar cuál es el papel de esta cultura de la memoria y de los procesos de construcción colectiva del pasado en el presente configura un campo de interés y análisis privilegiado para las Ciencias Sociales, en general, y para la Ciencia Política, en particular, ya que contribuye a problematizar la noción positiva del tiempo histórico y a dotar de sentido las implicaciones de la memoria como un ejercicio de actualización política del pasado en nuestro presente.

Lo cierto es que el concepto de memoria hace una aparición tardía como objeto que merece la atención de la disciplina social, que siempre había reconocido a la historiografía su lugar como campo privilegiado en el análisis del pasado, mientras que el término de memoria quedaba ligado principalmente a su condición individual como función psicológica. Bajo esta condición, aun persistente en el análisis de muchos historiadores, la memoria se corresponde con la esfera del recuerdo individual, indisociable de la experiencia personal e invalidada para ofrecer un conocimiento verídico de lo acontecido en tiempos pretéritos. A la sombra de la historia —o de la Historia, en mayúscula—, la memoria constituye, desde esta postura, un acercamiento devaluado al pasado: selectivo, interesado y distorsionado por los vaivenes de la coyuntura política y social, que contamina los recuerdos personales.

En este sentido, pese a la atención interdisciplinar que despierta el término, ésta se ha visto contrarrestada por el creciente recelo de algunas tendencias historiográficas hacia el giro memorialista que, en última instancia, ha permeado también en la investigación histórica. Esa reacción, ante la emergencia de nociones conceptualmente problemáticas como la de “memoria histórica”, se ha traducido, llevada al extremo, en una oposición frontal entre la memoria y la historia. En este grado de tensionamiento, el vínculo entre las dos nociones se reduce a su incompatibilidad, lo que resulta poco fecundo para reflexionar sobre una relación que, cabe tener siempre presente, se mueve de un modo irresoluble entre la contradicción y la sinonimia.

De hecho, la memoria no alcanzaría a plantear una posición realmente antinómica con la historia hasta principios del s XX, cuando los fundamentos del historicismo clásico entran en crisis. La memoria había funcionado, hasta entonces, como el sustrato subjetivo de la historia, en el marco del doble dimensionamiento que define la noción hegeliana de la

historia: el acontecimiento (objetivo) y su narración (subjctiva), logrando ambas dimensiones su realización plena en el Estado:

“Para Hegel, únicamente los pueblos con Estado, dotados de una historia escrita, poseen una memoria. Los demás —los pueblos sin historia (*geschichtlose Völker*), es decir, el mundo no europeo, desprovisto de un pasado estatal y de su relato codificado por la escritura— no pueden superar el estadio de una memoria primitiva, hecha de imágenes, pero incapaz de condensarse en conciencia histórica” (Traverso, 2011 [2005]: 26).

La memoria, en este sentido, opera como una dimensión constitutiva de la historia, como su fundamento narrativo, pero que resulta conceptualmente indisociable de una idea de la historia como relato apologético del poder estatal, cuya crítica sostiene precisamente el cuestionamiento de los principios del historicismo y de la distinción que se consuma, en el pasado siglo, entre los conceptos de historia y memoria. Así, esta distinción se encuentra profundamente ligada a la aparición de la idea misma de “memoria colectiva”, de la mano de del durkheimiano Maurice Halbwachs (2004a [1925]; 2004b [1950]), que trata de fundar una sociología de la memoria, no contra historiografía, sino principalmente contra la concepción psicologista de la memoria, a la que responde mediante una teoría seminal en torno a la matriz colectiva del recuerdo individual.

La autonomía de la memoria no implica, pese a ello, una relación dicotómica o, en su caso, jerárquica con la historia, como lecturas irreconciliables del pasado, sino que el alcance de una u otra nunca dejan de encontrarse y confundirse, hasta el punto de que, como apunta Reyes Mate, “hay pensadores de la memoria que se presentan como historiadores, como le ocurre a Walter Benjamin, y hay historiadores profesionales, como Eric J. Hobsbawm, cuya historia se hace cargo en buena parte de las preocupaciones de la memoria” (Mate, 2006b: 45). Ambas nociones forman un par conceptual que no logra consumir el divorcio que, en algunas ocasiones, se ha tratado de llevar a cabo, sobre todo desde la historiografía académica, que ha visto con alarmante preocupación la impronta de la memoria en el que, consideraba, era su ámbito privilegiado de pensamiento: el conocimiento del pasado.

La realidad, no obstante, es que la memoria constituye, por lo menos desde la década de 1970, un objeto indisociable de la labor de los historiadores, al calor de la expansión de la historia oral y de una revalorización del testimonio y de los relatos de vida como fuentes del pasado: “el historiador se erige en memorialista, ya que lo que construye es, ante todo, el relato de una representación del pasado” (González Calleja, 2013: 102).<sup>5</sup> El creciente interés

---

<sup>5</sup> Corresponde, en gran parte, a Pierre Nora la reactivación del debate intelectual sobre el valor historiográfico de la memoria en el último cuarto de siglo: “La memoria colectiva tendrá para la historia contemporánea el papel que para la historia moderna ha desempeñado la llamada historia de las mentalidades [...] El análisis de

por la memoria se enmarca, así, en un contexto de cambio en los paradigmas dominantes en las Ciencias Sociales, que se traduce en una mayor preocupación por cuestiones que atañen a la subjetividad, la identidad o la agencia de los sujetos colectivos, lo que involucra, también, la construcción de sentido sobre el pasado histórico (Jelin, 2002: 65). En este marco, la teoría benjaminiana atraviesa, de algún u otro modo, la mutación que experimenta la historiografía desde el último tercio del s. XX, y que se traduce en una multiplicación y un cuestionamiento de sus fuentes y jerarquías tradicionales, en un contexto marcado por la multiplicidad de giros teóricos y metodológicos en las ciencias sociales —los más influyentes el giro lingüístico y el cultural— que, en el terreno de la disciplina histórica, tiene su expresión en lo que Lawrence Stone define como el “resurgimiento de la narrativa”, fruto de una desilusión con los modelos de explicación histórica deterministas y de la toma de consideración de que la acción política puede moldear la historia.

### **Hacia una conceptualización política de la memoria: Walter Benjamin y la crítica del tiempo histórico**

Como apuntábamos, responde a una crisis de la experiencia transmitida entre generaciones la eclosión de la memoria como fenómeno destacado de nuestro tiempo, una ruptura de la temporalidad que, igualmente, se encuentra en la raíz de la preocupación por la memoria en los años de entreguerras. La ruptura de 1914-1918 alejaba un pasado que hasta entonces no se había percibido como tal, y que hacía inviable para las sociedades europeas una traducción constructiva del recuerdo traumático de la guerra, lo que marca de manera sobresaliente la producción intelectual —también artística y literaria— del momento. Así, es en este contexto que afloran las reflexiones de Maurice Halbwachs sobre los marcos colectivos de la memoria, que constituyen un esfuerzo pionero por estructurar teóricamente el concepto de la memoria, pero que no alcanzan a confeccionar una crítica elaborada al pensamiento histórico moderno.

No por falta de interés. Aun cuando trata de emancipar a la memoria sobre todo de la psicología, Halbwachs esboza en *La memoria colectiva* algunos elementos de su crítica contra una idea clausurada de la historia, aunque ésta nunca pudo llegar a completarse a causa de la interrupción que implica la persecución nazi para la producción intelectual del sociólogo, que muere en 1945 en el campo de Buchenwald. En este sentido, es la misma persecución la que poco antes también con la vida de Walter Benjamin, cuya figura resulta imprescindible para

---

las memorias puede y debe convertirse en la punta de lanza de una historia que se precie de contemporánea” (Nora, 1988: 458-459).

entender la significación política del concepto contemporáneo de memoria. De esta manera, si debemos a Halbwachs el esclarecimiento terminológico en torno a la condición colectiva de toda memoria individual, nuestra deuda con Benjamin reside en sus contribuciones acerca de su condición política o, dicho de otro modo, en “la sustancia conceptual que éste inyecta en el término memoria” (Mate, 2006a: 43).

Esta sustancia la proporciona Benjamin en sus reconocidas *Tesis sobre la historia* —en ocasiones intituladas *Sobre el concepto de historia*—, texto inacabado y confeccionado de manera fragmentaria poco antes de su muerte en 1940.<sup>6</sup> Fuertemente motivado por el contexto de resignación de la democracia liberal y del socialismo soviético ante el nacionalsocialismo,<sup>7</sup> las reflexiones de Benjamin en sus Tesis constituyen, en un ejercicio de alto eclecticismo teórico, un intento por radicalizar un materialismo histórico capaz de subsanar los errores que subyacen a la debilidad teórica de lo que, desde mediados del siglo XIX, se contiene bajo el epíteto de “marxismo de la socialdemocracia”, del cual el socialismo soviético sólo es, para Walter Benjamin y otros marxistas heterodoxos, la configuración específica de un fenómeno ideológico común y de una misma cultura política revolucionaria: la que prevalece hasta 1989 (Echeverría, 2005a: 11). Para Benjamin, la claudicación de esta cultura política ante el ascenso del fascismo responde, en esencia, a la prevalencia que aquella hace de una lectura progresista de la historia, en el sentido de asumir las consecuencias de una doctrina del progreso histórico y del concepto de tiempo que la sostiene, como piedra angular de la modernidad capitalista que, a su pesar, no había sido impugnada por quienes pretendían combatir sus efectos.

Es la crítica benjaminiana del progreso y del tiempo histórico la que cuestiona con mayor fervor los fundamentos del concepto moderno de historia, apuntado para ello a los pilares del universalismo historicista: la idea de unidad y de continuidad históricas que, para Benjamin, convierte a la historia en vehículo de legitimación política de los “vencedores”, al privilegiar la facticidad del pasado sobre aquello que no fue y que no pudo llegar a ser: la historia se identifica, en ese sentido, con “el cortejo triunfal de los dominadores de hoy, que avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo” (Benjamin, 2008 [1942]: 42). Esta “empatía con el vencedor” constituye para Benjamin el principal bastión del pensamiento

---

<sup>6</sup> Escritas entre 1939 y 1940, las Tesis constituyen el último escrito de Benjamin, que se suicida sólo unos meses después en la localidad gerundense de Portbou, en la frontera franco-española, cuando trataba de huir a Estados Unidos desde Lisboa. Su detención y la previsibilidad de ser deportado a los campos nazis precipitan el final de su vida. Las Tesis, que fueron enviadas por Benjamin a su amiga Hannah Arendt, vieron la luz en 1942, después de que ésta las hiciera llegar a manos de Theodor Adorno y Max Horkheimer, que publican una primera edición en Los Ángeles que lleva por título *En memoria de Walter Benjamin* (Mate, 2006a: 11-17).

<sup>7</sup> Cabe tener presente que la Tercera Internacional sólo practica una política antifascista “activa” tras la invasión alemana de la URSS en 1941. Benjamin, que no alcanza a vivir dicho momento, escribe en un contexto marcado por la firma de los Acuerdos de Múnich (1938) y del Pacto germano-soviético (1939), que instalan un pesimismo intelectual sobre las posibilidades de una política emancipatoria en una Europa doblegada al nacionalsocialismo.

historicista —“el más fuerte y el más difícil de atacar”—, sobre el que descansa una noción conformista y progresiva de la historia que habría paralizado durante largo tiempo la “energía destructiva” del materialismo histórico (Benjamin, 2008 [1942]: 92).

Lo que sugiere Benjamin es que el método historicista únicamente logra hacerse cargo del pasado que fue y sigue siendo: sólo hay realidad en aquello que ha llegado a ser y no en lo desechado en la marcha infatigable del progreso histórico. Sólo lo fáctico es lo real, en términos de conocimiento histórico. Ante esto, la propuesta de Benjamin invita a desconfiar de la contundencia de los hechos, a relativizar la facticidad de lo que ha llegado a ser y a considerar, en la fundación de un nuevo método histórico, ese “pasado aplastado no como algo que fue y ya no es, [...] sino como algo privado de vida, como una carencia y, por tanto, como un deseo frustrado de realización” (Mate, 2006b: 45). En consecuencia, la principal tarea del historiador benjaminiano es la de “cepillar la historia a contrapelo” (Benjamin, 2008 [1942]: 43), esto es: la de cuestionar el orden que deriva de una idea progresiva de la historia, que resulta indisoluble de una noción particular del tiempo histórico, que constituye el punto nodal de su crítica:

“La teoría socialdemócrata, y aún más su práctica, estuvo determinada por un concepto de progreso que no se atenía a la realidad, sino que poseía una pretensión dogmática. [...] *La idea de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de su movimiento como un avanzar por un tiempo homogéneo y vacío.* La crítica de esta representación del movimiento histórico debe constituir el fundamento de una crítica de la idea de progreso en general.” (Benjamin, 2008 [1942]: 50-51; la cursiva es mía)

En este sentido, la originalidad de la crítica que Benjamin elabora en sus Tesis del tiempo como un continuum lineal y clausurado reside en el recurso que hace de elementos propios del mesianismo judío, que trata de conciliar con el materialismo histórico a través, precisamente, de una superación de los rasgos teológicos del marxismo que, como sugiere Stefan Gandler, había pasado por alto que “el tiempo, como algo lineal, ininterrumpido y con dirección definida, es una construcción ideológica que no se basa en ningún sustento material” (Gandler, 2005: 47). Así, en Benjamin, la teología trata de corregir la fe que una limitada interpretación del materialismo histórico deposita en las “leyes de la historia” o, en otros términos, en la esperanza de futuro que alienta una concepción perfectible mundo.<sup>8</sup> La teoría benjaminiana toma prestado de la teología judaica una lección esencial para desarrollar

---

<sup>8</sup> En este sentido, Echeverría (2005a: 15-17) considera que la crítica de Walter Benjamin constituye un esfuerzo por conciliar el mesianismo judío y la posibilidad de redención, de reabrir las puertas del paraíso en un mundo incapaz de alcanzar su plenitud y autenticidad, con la tradición del utopismo occidental, cuya crítica de lo establecido descansa en la percepción sobre la perfectibilidad del mundo, efectivamente imperfecto, pero que contiene una versión mejorada o auténtica de sí mismo.

una nueva estrategia de acceso al pasado, una estrategia que rehúsa la labor arqueológica del historiador tradicional —“articular históricamente el pasado no significa conocerlo tal como verdaderamente fue” (Benjamin, 2008 [1942]: 40)— y que rescata una práctica conciliatoria del presente con el pasado, que Benjamin llama “rememoración”:

“Se sabe que a los judíos les estaba prohibido investigar el futuro. La Thorá y la plegaria los instruyen, en cambio, en la rememoración. Esto los liberaba del encantamiento del futuro al que sucumben aquellos que buscan información en los adivinos. A pesar de esto, el futuro no se convirtió para los judíos en un tiempo homogéneo y vacío. Porque en éste *cada segundo era una pequeña puerta por la que podía pasar el Mesías.*” (Benjamin, 2008 [1942]: 59; la cursiva es mía)

En este punto se sitúa la radicalidad de la propuesta de Benjamin, en el momento que reconoce la potencialidad del pasado como liberación del encantamiento que el futuro ejerce sobre nosotros, pero no como apología del tradicionalismo, sino como un esfuerzo activo por rescatar al pasado de la pasividad que impone el progreso histórico: “En cada época es preciso hacer el intento de arrancar la tradición de manos del conformismo, que está siempre a punto de someterla” (Benjamin, 2008 [1942]: 40). Así, la memoria constituye en Benjamin una oportunidad para interrumpir el continuum de la historia, y es aquí, y no en la atracción de un futuro al que nos dirigimos inercialmente, donde residen los anhelos que movilizan políticamente en el presente, en “la imagen de los antepasados esclavizados y no del ideal de los descendientes liberados” (Benjamin, 2008 [1942]: 49). La memoria ejerce, así, una función correctiva sobre una concepción lineal y teleológica del tiempo que arrasa toda oportunidad de intervención, de acción política, que para Benjamin se corresponde, precisamente, con la interrupción del movimiento inercial del progreso histórico: la detención, y no su aceleración, constituye el verdadero acto revolucionario.<sup>9</sup>

Es la idea del tiempo no como contexto que lo contiene, sino como dimensión del propio acontecimiento (Echeverría, 2005b: 31-32), la que convierte a la historia en objeto del presente —“tiempo del ahora” (Benjamin, 2008 [1942]: 51)— más que del pasado, o no sólo de éste. Se trata, más bien, de una articulación que se asemejará, en cualquier caso, a una rememoración, y no a una reconstrucción fidedigna del pasado, motivada por el recuerdo de quienes fueron desechados en el avanzar de la historia y que se presentan nuevamente en un “instante de peligro”, es decir, en un momento de desaceleración del curso ordinario de la historia, en un momento de estrechamiento de temporalidades que hace saltar por los aires su linealidad para que, en términos benjaminianos, pueda pasar el Mesías, el acontecimiento

---

<sup>9</sup> “Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren” (Benjamin, 2008 [1942]: 70).

político: “el poder para abrir un determinado recinto del pasado, completamente clausurado hasta entonces” (Benjamin, 2008 [1942]: 69). Su teoría invita a pensar la memoria no sólo como duelo, sino sobre todo como deuda (Mate, 2010: 377), como un compromiso entre las generaciones pasadas y la presente que confiere a la rememoración un impulso disruptivo, confrontando sin mediaciones el ayer con el hoy en un momento de apertura —de esperanza, dirá Benjamin— capaz de salvar la falsa contradicción entre tradición (que incluye la de los oprimidos) y emancipación. Es aquí, a final de cuentas, donde la memoria alcanza una nueva sustantividad:

“[En Benjamin] la memoria encuentra una fisura en la máquina sin piedad que llamamos tiempo. Y en esta pequeñísima fisura, que únicamente ven los que no cierran rápidamente los ojos ante el horror que se esconde en lo que llamamos nuestro pasado, se abre por instantes, instantes que son una eternidad, un espacio de libertad que permite a la memoria hacer emerger lo que había estado hundido y condenado al olvido” (Gandler, 2005: 64-65).

Es en la crítica de la razón histórica moderna donde la memoria encuentra el sustrato de su definición conceptual, que alcanza, como dijimos, una particularidad epistemológica en el tratamiento del pasado que termina seduciendo, en los últimos decenios del siglo XX, a una serie de corrientes historiográficas, en el marco de ese giro memorialista que se prolonga hasta nuestros días. En este punto, no obstante, resulta primordial el hecho de que, pese a la cautela enunciativa que exige el abordaje del vínculo entre la memoria y la historia, es en su dimensionamiento político donde la primera encuentra su originalidad como fórmula de apropiación del pasado, que se conjuga en una compleja articulación temporal que parte, en gran medida, de la noción de Benjamin sobre el tiempo y de las derivaciones políticas de la rememoración. El acontecimiento benjaminiano de la memoria perfila lo que, para algunos, constituye un giro copernicano en el tratamiento del pasado, dado que supone una inversión radical del causalismo histórico:

“Hasta ahora se tomaba el pasado como punto fijo y se pensaba que el presente tenía que esforzarse para que el conocimiento se asiera a ese sólido punto de referencia. Ahora, *esa relación debe cambiar en el sentido de que el pasado se convierte en envite dialéctico, en acontecimiento de la conciencia despierta. La política ostenta el primado sobre la historia*. Los hechos son algo que nos golpea; asirlos es tarea de la memoria.” (Benjamin en Mate, 1991: 51; la cursiva es mía)

La memoria, en términos benjaminianos, alcanza una prevalencia sobre la historia en el terreno del conocimiento del pasado, una vez que la experiencia política logra liberar a ese pasado de las ataduras que una idea causal y lineal del tiempo imponía sobre la comprensión de la temporalidad humana. La rememoración, que Walter Benjamin vincula con el despertar de la conciencia, opera como una lectura constructiva del pasado, que entabla una relación

no mecanicista con un presente que, ahora, afirma su autonomía como tiempo de la política. Así pues, leer el pasado requiere de voluntad y conciencia históricas: conciencia de que pensar históricamente es, en última instancia, un ejercicio creativo que incide políticamente en el presente.<sup>10</sup> Es esta presencialidad de la historia la que introduce, por tanto, la posibilidad de pensar una nueva conjugación de los tiempos históricos, del pasado y del presente, en que la memoria ocupa un lugar privilegiado en la articulación no causalista.

En este sentido, a partir de una lectura radical del giro benjaminiano, autores como Daniel Bensaïd apuntan a la inversión definitiva del vínculo entre historia y política, que exige un tratamiento del pasado a través de categorías políticas. Asumir el primado de la política sobre la historia implica comprometerse con la idea de que “el presente ya no es más un eslabón efímero y evanescente en el encadenamiento del tiempo” (Bensaïd, 2009: 2), sino que ocupa la centralidad en la articulación con el pasado y el futuro, como tiempo genuino de la experiencia política: “El presente es el tiempo por excelencia de la política, el tiempo de la acción y decisión, donde se juega y vuelve a jugarse el sentido del pasado y del futuro. Es el tiempo del desenlace entre una pluralidad de posibles. Y la política [...] es precisamente ese arte del presente y el contratiempo” (Bensaïd, 2009: 3). Sin embargo, la admisión de este posicionamiento plantea no pocas limitaciones, en el sentido de que sustituye el causalismo de la historia por un estrechamiento de la temporalidad política y, con ello, las posibilidades de pensar política y estratégicamente (en) el tiempo: de ejercer la memoria una mediación entre presente y pasado. Así, desde una interpretación rigorista de ese desplazamiento de los tiempos, una relación causal es sustituida por otra, invirtiéndose sólo el punto de partida.<sup>11</sup>

El tiempo de la memoria tiene que ver, en cualquier caso, con una noción compleja de la temporalidad, una noción que, si bien cuestiona el devenir progresivo de la secuencia pasado-presente-futuro, requiere una comprensión no mecanicista ni unificada del modo en que las sociedades humanas construyen su comprensión del tiempo histórico y de las formas de aprehenderlo en el desarrollo de las subjetividades y la agencia política. Así pues, el tiempo opera como una institución social —una de las más enraizadas y menos reconocibles—, en tanto que ejerce una función orientadora e incide directamente sobre la regulación social de la conducta y sensibilidad humanas. El tiempo humano es, ante todo, un tiempo histórico,

---

<sup>10</sup> En la lectura que la memoria hace del pasado se encuentra, para Mate (2006b: 47), la fortaleza del método benjaminiano, que entiende como un ejercicio hermenéutico, “pero aplicado a la vida y no a los textos”. Se trata de una hermenéutica que privilegia lo insignificante, lo desechado, lo que nunca fue escrito: “se puede decir que se ocupa no de los hechos —eso es cosa de la historia—, sino de los no-hechos”.

<sup>11</sup> El mismo Bensaïd repara en las limitaciones de su planteamiento, al reconocer la exclusión que esta inversión temporal hace de la experiencia política duradera, eclipsada por el dominio de la contingencia: “La saludable rehabilitación del presente se transforma así en el culto a lo transitorio y lo precedero, en una sucesión de hechos sin pasado ni futuro” (Bensaïd, 2009: 4).

en el sentido de que únicamente puede comprenderse a través de su significación cualitativa, que admite y contiene en su interior formas coexistentes de entender —y de entenderse en— el tiempo. Es por ello que, si bien el tiempo de la memoria es, sobre todo, un tiempo presente, éste interacciona con el pasado no en términos de linealidad invertida —en el sentido que esboza Bensaïd—, sino mediante una articulación que parte del “tiempo del ahora”, pero que, rehuendo de los vicios del presentismo, apunta más bien a la contemporaneidad de los procesos de construcción del sentido histórico de las sociedades

## **Apuntes finales**

La propuesta crítica de Walter Benjamin supone una referencia para quienes intentan alcanzar una comprensión actual de lo que significa el conocimiento del pasado, que implica algo más que conocerlo “verdaderamente”. Su contribución descansa, sobre todo, en la capacidad para ampliar el marco en el que interactúan memoria, historia y política, al problematizar el modo en que las sociedades contemporáneas alcanzan una determinada experiencia y comprensión del tiempo, lo que define su relación con los acontecimientos y generaciones pretéritas. Aquí, la idea de rememoración introduce un principio de entendimiento para (re)pensar el creciente interés por el pasado y sus activaciones políticas en el mundo actual, en la medida que ofrece una oportunidad para leer este giro memorialista no solamente en términos regresivos, sino quizás también a través de nuevas gramáticas políticas capaces de superar aquella tradicional contradicción entre tradición y política emancipadora.

## **Referencias bibliográficas**

- Bauman, Zygmunt (2007): *Vida de consumo*. 1 ed. Trad. Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter (2008 [1942]): *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. 1 ed. Trad. Bolívar Echeverría. Ciudad de México: Ítaca-UACM.
- Berman, Marshall (2000 [1982]): *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad*. 12 ed. Trad. Andrea Morales. Madrid: Siglo XXI.
- Bensaïd, Daniel (2009): “Tiempos históricos y ritmos políticos”, *Herramienta*, 40: pp. 1-5.
- Echeverría, Bolívar (2005a): “Benjamin, la condición judía y la política”, en Echeverría, B. (comp.). *La mirada del ángel: En torno a las “Tesis sobre la historia” de Walter Benjamin*. Ciudad de México: Era-UNAM. pp. 9-22.
- Echeverría, Bolívar (2005b): “El ángel de la historia y el materialismo histórico”, en Echeverría B. (comp.). *La mirada del ángel: En torno a las “Tesis sobre la historia” de Walter Benjamin*. Ciudad de México: Era-UNAM. pp. 23-34.

- Gandler, Stefan (2005): “¿Por qué el ángel de la historia mira hacia atrás?”, en Echeverría B. (comp.). La mirada del ángel. En torno a las “Tesis sobre la historia” de Walter Benjamin. Ciudad de México: Era-UNAM. pp. 45-88.
- González Calleja, Eduardo (2013): Memoria e historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales. Madrid: Catarata.
- Hartog, François (2007 [2003]): Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo. 1 ed. Trad. Norma Durán y Pablo Avilés. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Harvey, David (1998 [1990]): La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. 1 ed. Trad. Martha Eguía. Buenos Aires: Amorrortu.
- Halbwachs, Maurice (2004a [1925]): Los marcos sociales de la memoria. 1 ed. Trad. Manuel A. Baeza y Michel Mujica. Barcelona: Anthropos.
- Halbwachs, Maurice (2004b [1950]): La memoria colectiva. 1 ed. Trad. Inés Sancho-Arroyo. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hobsbawm, Eric J. (1998 [1994]): Historia del siglo XX. 1 ed. Trad. Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells. Buenos Aires: Critica.
- Huysen, Andreas (2002): En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica-Instituto Goethe.
- Jelin, Elizabeth (2002): Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo XXI.
- Mate, Reyes (1991): “Benjamin o el primado de la política sobre la historia”, Isegoría, 4: pp. 49-73.
- Mate, Reyes (2006a): Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia”. Madrid: Trotta.
- Mate, Reyes (2006b): “Memoria e historia. Dos lecturas del pasado”, Letras Libres, 53: pp. 44-48.
- Mate, Reyes (2010): “Sobre la actualidad política de Walter Benjamin”, Constelaciones, 2: pp. 375-377.
- Murcia, Antonio de (2017): “Memoria”, en Antonio Moreiras y José Luis Villacañas (coords.) Conceptos fundamentales del pensamiento latinoamericano actual. Madrid: Biblioteca Nueva. pp. 427-449.
- Nora, Pierre (1988): “Memoria colectiva”, en Jacques Le Goff et. al. (dir.). La nueva historia. Bilbao: Mensajero. pp. 455-459.
- Ricoeur, Paul (1999): La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido. 1 ed. Trad. Gabriel Aranzueque. Madrid: Arrecife-Universidad Autónoma de Madrid.
- Traverso, Enzo (2011 [2005]): El pasado, instrucciones de uso: Historia, memoria, política. Madrid: Marcial Pons.